

Ultimo Sábado

Vidas contadas

Rafael Castillo Zapata

Si algo semejante al asalto al Palacio de Invierno de los zares tuviera lugar hoy día, "inmediatamente todo el mundo pensaría que estaban filmando un comercial", dice uno de los dos personajes principales de **Los últimos espectadores del acorazado Potemkin** (Caracas, Monte Avila, 1999). En la sociedad del espectáculo anunciada por **Debord** la realidad ha sido sustituida por sus simulacros y el ser humano se convirtió en *zombie*, sujeto sin contenido, disponible en su vacío, neutralizado en su capacidad de decisión, hambriento de experiencia, de sensaciones, de sentimientos, de identidad. Últimos espectadores de una copia malograda de un *film* que acaso ya muy pocos entienden, los personajes de la novela de **Ana Teresa Torres** se nos antojan naufragos abandonados a la deriva de la apatía vital contemporánea, cuya única salvación, paradójicamente, es la mentira de la narración de sus propias vidas inventadas, construidas a despecho de la grisura depresiva de sus trabajos y sus días, sus rutinas, sus sueños mediocres, sus patéticas autocomplacencias, su necesidad, a pesar de todo, de perseverar, de persistir, de ser.

Como Scherezada venida a menos, una estrafalaria mujer al borde del abismo encuentra en el relato la escena propicia para rehacerse anímicamente y sostenerse defendiendo, tal vez, la única forma de permanencia que le queda. Llena de una energía que contradice la flacidez del ánimo finisecular (como si en ciertas mujeres se conservaran las últimas energías reactivas de una humanidad sumida en el letargo del imperio del consumo, adormecida por su propia imagen reiterada hasta la náusea), no es ella, sin embargo, la que conduce la marcha del relato. **Torres** ha elegido sabiamente, para ello, la voz neutra de un personaje masculino marcado por la ausencia de cualidades que **Musil** señaló a principios del siglo pasado como característica del hombre moderno. Un héroe, pues, de nuestro tiempo, *pequeño ser* garmendiano, el *contador* que cuenta el cuento es un prototipo del hombre indiferente de **Lipovetsky**, deseoso de conservar su anonimato y su invisibilidad social y afectiva a toda costa. El que cuenta, el que hace memoria de lo que le ha ocurrido e introduce las voces de los otros personajes incitado por el empecinamiento narrativo de esa interlocutora fanática que lo arrastra a abandonar su apatía y lo pone a narrar con ella, a narrarse a sí mismo mientras ella se esfuerza por llenar de sentido el vacío de sus vidas, es, literalmente, un *contador*, un sacador de cuentas, pulcro cotejador de balances financieros cuya única aventura consiste en alquilar videos para disfrutarlos a solas en la soledad de su piso de soltero.

Opuesto por completo al entusiasmo de su desvencijada compañera, poco a poco nuestro desabrido y rutinario contador se va dejando seducir por la labia invencible de esta narradora maestra en conjeturas, tentadora gustosa de la suerte, y comienza a participar con ella en el relato que van forjando juntos cada noche, en cada sucesivo encuentro de una conversación que se querría a lo mejor interminable.

Juego de promesas de diálogo, de recuperación del hilo de la trama interrumpida, la novela se arma sobre el bastidor de los deseos de aventura de esa mujer cuya vida "ha sido tan mediocre que ha tenido que inventarle algunos resquicios de extrañeza". Pronto contagiará al contador de esta necesidad de extrañamiento de la propia vida. Le abrirá el apetito de narrarse a sí mismo como otro para asegurarse que vive. Seres desventurados, ayunos de aventuras, a los que apenas les acontece nada y cuya memoria de sí mismos es tan precaria que comienzan entonces a vivir a costa de experiencias robadas, a vivir vidas ajenas, a suplir los vacíos de sus historias personales con recuerdos de otros que deforman y adaptan a su antojo. De inventar historias pasan así, casi sin transición, a representarlas, a tomar como verdad lo que urden sus imaginaciones aceleradas por la energía, por la *vitalidad* que les proporciona el trabajo de narrarse, de narrar. Pronto se convierten en hábiles farsantes, condenados a confundir las fronteras de lo que realmente viven y de lo que se inventan, mientras se van contando lo que se cuentan. Encuentran, de este modo, una inestable pero eficiente razón para esperar el próximo día sin la amenaza del vacío, del hastío de vivir: "No somos más que una narración. La narración llena el espacio abierto de nuestras existencias, gracias a ella podemos dar cuenta de nosotros, hacernos presentes, existir".

Despiadado, aunque siempre irónico y sereno, retrato de dos vidas contemporáneas que se pierden en una Caracas casi emblemática, omnipresente en sus palabras desesperadas, desencantadas, **Los últimos espectadores del acorazado Potemkin** es, al mismo tiempo, sin duda, una apuesta generosa por afirmar el poder de conversión de la palabra, la empecinada supervivencia del relato como prueba de humanidad, de confianza en el diálogo, a pesar de todas las supuestas pruebas posmodernas en contrario. Como si en el extremo de la soledad y la indiferencia, dos seres que no llegan a tocarse, a pasar todavía la barrera intangible de los cuerpos (tan antiguos parecen sus últimos apegos pasionales que parecen desvencijadas máquinas paralíticas, inermes para afrontar las demandas del contacto físico), recuperan, no obstante, a través del lenguaje, una posibilidad esperanzadora, dentro de lo que cabe, de involucramiento afectivo, de responsabilidad, de riesgo. Y se sienten, entonces, mientras cuentan, mientras se cuentan, vivir.



FOTO EISSO ALVAREZ

"...los personajes de la novela de Ana Teresa Torres se nos antojan naufragos abandonados a la deriva de la apatía vital contemporánea, cuya única salvación, paradójicamente, es la mentira de la narración"